**Guatemala: una obsesión cubana**

***Carlos Sabino***

*Guatemala, 2010*

**Los imprescindibles antecedentes**

Aún antes de que se produjera la Revolución Cubana, Guatemala vivió intensos acontecimientos políticos que, de un modo determinante, afectarían su relación con el gobierno que surgiría en la isla a partir del 1 de enero de 1959. Todo comenzó en 1944, cuando todavía se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial y los aliados –entre los que se contaba la Unión Soviética- luchaban por destruir lo que quedaba de la poderosa maquinaria bélica de la Alemania hitleriana.[[1]](#footnote-1)

Los guatemaltecos habían logrado acabar de un modo prácticamente pacífico con la dictadura del general Jorge Ubico, un hombre que se mantenía en el poder desde 1931, quien había administrado al país con extraordinaria prudencia financiera y realizado memorables obras públicas. Pero a Ubico siguió en el mando otro general, Ponce Vaides, que intentó torpemente establecer una nueva dictadura. El ambiente político de esa época, propicio a las libertades democráticas, hizo que pronto estallara un movimiento encabezado por oficiales jóvenes que fue secundado entusiastamente por la población civil, la Revolución del 20 de Octubre, que acabó con las ilusiones de Ponce y estableció en el gobierno a una junta revolucionaria. Esta llamó a elecciones muy poco después, triunfando un candidato civil que se orientaba hacia la centroizquierda, el doctor Juan José Arévalo.

El gobierno de Arévalo mantuvo un precario equilibrio entre los moderados, encabezados por el coronel Francisco Javier Arana, y los radicales, que pretendían realizar profundas reformas de corte socialista. El asesinato del coronel, sin embargo, acabó con esta frágil convivencia, dejando las puertas abierta para que los grupos más extremos se hiciesen con el poder. A ellos los representaba otro coronel, Jacobo Árbenz, quien asumió la presidencia a comienzos de 1951. Árbenz se rodeó de asesores comunistas e impuso una reforma agraria que, de haberse completado, hubiese cambiado por completo la fisonomía del país, llevando a Guatemala hacia un régimen de orientación francamente anticapitalista.

Los comunistas guatemaltecos eran pocos, pero muy bien organizados, y se nucleaban en un partido de reciente creación, el PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo), que logró ocupar durante el gobierno de Árbenz los puestos claves de su gobierno. Gran parte de la población rechazaba sus intentos de controlar el país, incluyendo a la iglesia católica y a importantes sectores de las fuerzas armadas. Un movimiento encabezado por el coronel Carlos Castillo Armas penetró en el país por la frontera oriental en junio de 1954 y, ante la renuencia del ejército a combatirlo, Árbenz presentó su renuncia días después. Castillo Armas -quien había recibido apoyo logístico y financiero de la CIA estadounidense para su invasión- quedó como nuevo presidente de Guatemala encabezando un gobierno de corte anticomunista, aunque en los años siguientes fue inclinándose progresivamente hacia el centro del espectro político.

La victoria de Castillo Armas significó la primera derrota importante del comunismo en las Américas pues, sin su intervención, el PGT podría haberse adueñado fácilmente del poder. Durante el gobierno de Árbenz Guatemala se había alineado con la Unión Soviética en la guerra de Corea, había declarado duelo nacional por la muerte de Stalin y había estimulado la llegada de cientos de militantes comunistas y de izquierda radical a sus tierras: uno de ellos, que pronto se haría célebre, era nada menos que Ernesto Guevara Lynch, el *Che,* quien a la caída de Árbenz se refugió en una embajada y luego se trasladó a México, donde hizo contacto con Fidel Castro. Él mismo afirma que, después de ese fracaso, concibió a la lucha armada como el único camino para imponer el socialismo.

**Guatemala y la Revolución Cubana**

La llegada de Fidel Castro al poder inauguró una revolución que no se limitó a cambiar radicalmente la faz de Cuba, sino que casi de inmediato manifestó una vocación expansionista: los revolucionarios querían exportar su triunfo, extender a toda Latinoamérica sus métodos de combate y su proyecto socialista. Muy pronto, en cosa de meses, comenzaron a estimular, apoyar y financiar los grupos más extremistas que, en cada país, podían ser portavoces y continuadores de su revolución. La llamada teoría del “foquismo”, la idea de que un *foco* de militantes aguerridos podía convertirse en el factor decisivo del cambio hacia el socialismo –pues las condiciones ya estaban dadas para el apoyo de las masas- se hizo inmensamente popular entre los jóvenes de izquierda, creándose así una especie de cisma entre ellos y los más tradicionales métodos de los comunistas ortodoxos. Hubo discrepancias y disputas encendidas, aunque los canales de comunicación y los vínculos organizativos nunca se rompieron del todo.

Para los dirigentes cubanos, y especialmente para el Che, Guatemala representaba un caso particular, un punto clave en sus proyectos expansionistas. Había, desde luego, una oposición frontal a las dictaduras de Trujillo en la República Dominicana y Somoza en Nicaragua, pero Guatemala evocaba el doloroso recuerdo de un fracaso perturbador, un país donde se había estado tan cerca de tomar el poder y, sin embargo, todo se había perdido. Por eso concentraron parte de su atención en esta pequeña nación del continente.

La situación en este país centroamericano no resultaba, en principio, demasiado propicia para emprender aventuras revolucionarias. A la caída de Árbenz no sólo se había destruido la base de operaciones que había alcanzado a tener el comunismo internacional en esas tierras, sino que un hálito de desánimo se había extendido entre la mayoría de los militantes, decepcionados por el modo rápido y poco combativo en que había renunciado el coronel. La represión que ejecutó el nuevo gobierno reforzó estas condiciones adversas aunque luego, en pocos años, la situación fue cambiando gradualmente. Castillo Armas fue asesinado en oscuras circunstancias en julio de 1957 -antes de que pudiese consolidarse un nuevo sistema político- y este hecho fue seguido de un período de turbulencia que culminó con la elección del general retirado Miguel Ydígoras Fuentes a comienzos del año siguiente.

Las elecciones resultaron limpias, como nunca antes lo habían sido en Guatemala, pero el gobierno de Ydígoras comenzó a defraudar en poco tiempo a su electorado. Tratando de situarse en el centro de las fuerzas políticas, el veterano general –que encabezaba un gobierno totalmente civil, vale recordarlo- se vio acosado muy pronto por una izquierda que no lo respetaba y lo consideraba un resabio del pasado y una derecha que lo veía como débil ante el comunismo. Centenares de militantes socialistas habían regresado al país luego del deceso de Castillo Armas, reforzando el incipiente trabajo que, en años anteriores, habían comenzado los comunistas, sobre todo en el ámbito de los estudiantes secundarios, nucleados en la organización juvenil FUEGO.

Poco después del triunfo del castrismo comenzaron las primeras tentativas de organizar grupos guerrilleros en el país: así lo afirma el presidente Ydígoras en sus memorias aunque es difícil evaluar la exactitud de sus denuncias, que en esos tiempos fueron pasadas por alto por la opinión púbica. En todo caso se trataron de tentativas esporádicas y poco organizadas, tal vez en parte espontáneas, que no llegaron a consumar ninguna acción concreta. El gobierno de Guatemala se enfrentó a Cuba en el ámbito diplomático, mientras comenzaba una cierta agitación estudiantil que se combinó, para crear más inestabilidad, con el frecuente estallido de bombas de bajo poder en la capital.[[2]](#footnote-2)

A comienzos de 1960 Ydígoras adoptó una decisión trascendental: permitió que centenares de refugiados cubanos, residentes hasta entonces en los Estados Unidos, se trasladaran a territorio guatemalteco para que pudieran entrenarse para la invasión que proyectaban a la isla. Vinieron asesores norteamericanos, trayendo aviones y equipo pesado para la invasión y, aunque la operación trató de mantenerse en secreto, en pocas semanas fue de dominio público lo que se estaba proyectando: era imposible ocultar la presencia de tanta gente en un país pequeño como Guatemala, en zonas del interior donde los cubanos y estadounidenses eran vistos con frecuencia, incluso en lugares públicos. Existía ya por otra parte, en esos momentos, un malestar creciente en las fuerzas armadas: al atraso en los pagos se sumaba la reincorporación de antiguos oficiales que apoyaban al mandatario y estaban en situación de retiro, restando posibilidades de ascenso a los más jóvenes, hombres de mayor formación académica. La presencia de los cubanos, al involucrar al país con una causa que podía comprometerlo, aumentó este malestar que se tradujo en un intento de golpe de estado, el llamado movimiento del 13 de noviembre de 1960. Este hecho de fuerza marcó, como enseguida veremos, el punto de partida para el largo conflicto interno que tuvo que soportar Guatemala.

**Los inicios de la guerrilla**

Los conjurados del 13 de noviembre adoptaron una conducta de algún modo extraña, que hizo presumir a muchos que la mano de Cuba estaba detrás de la asonada: tomaron un cuartel en la capital, lo que produjo algunas víctimas fatales, pero enseguida se trasladaron al oriente del país, en varios transportes, para ponerse en contacto con otros golpistas que los esperaban allá. No trataron de tomar el poder o hacerse fuertes en la capital, como era usual en estos casos, sino que se encaminaron hacia el interior, donde fueron derrotados rápidamente por la decidida acción del presidente Ydígoras, que logró mantener la lealtad del resto del ejército.[[3]](#footnote-3) Casi un centenar de oficiales y tropas alcanzaron a escapar a la vecina Honduras, donde encontraron refugio y trataron de reorganizar el movimiento. El presidente y su partido denunciaron el golpe como un intento de crear una base para la penetración de fuerzas cubanas en Guatemala, lo cual nunca pudo confirmarse por completo; la oposición lo consideró en cambio como un movimiento nacionalista, evidencia del creciente desprestigio del gobierno. Los acontecimientos posteriores apuntan más bien hacia un movimiento de corte nacionalista, pero en el que algunos de sus cabecillas intentaban frustrar la invasión que se preparaba hacia Cuba y pensaban, sin duda alguna, en iniciar alguna forma de resistencia guerrillera.

En todo caso muy pronto se iniciaron los contactos entre estos exiliados y los miembros de la juventud comunista quienes, entusiasmados por la experiencia cubana, vieron que con el concurso de algunos de esos jóvenes oficiales se abría la posibilidad de iniciar una guerrilla de tipo foquista en Guatemala. Los contactos prosperaron y, en los siguientes meses, varios de los alzados en noviembre viajaron a Cuba para entrenarse, conformar una organización y recibir el apoyo del gobierno revolucionario. Los que más llegarían a destacarse fueron el teniente Marco Antonio Yon Sosa y el subteniente Luis Augusto Turcios Lima, que pronto darían forma concreta a los diversos proyectos que en ese momento se elaboraron. El coronel Árbenz, que residía ya en Cuba, apareció por un momento como el posible líder que encabezaría un movimiento de retorno, al frente ahora de estos irregulares que manifestaban una clara disposición para el combate.

Entretanto, en Guatemala, se había desatado una agitación estudiantil que, promovida por la izquierda, intentaba crear un vasto movimiento que llevase a la caída de Ydígoras. Los comunistas guatemaltecos, apoyados por Cuba, motivaron al movimiento estudiantil –al que controlaban de un modo indirecto- para que se lanzara a las calles en manifestaciones que pronto se tornaron violentas. Fueron las llamada “jornadas de marzo y abril” de 1962, que coincidieron con las primeras acciones guerrilleras. Mientras el gobierno trataba de superar sus dificultades políticas –pues lo adversaban los partidos de izquierda y de derecha- se produjo la primera acción guerrillera: Yon Sosa, con un reducido grupo de hombres –que provenían en parte de su grupo de exiliados, pero al que se le habían sumado estudiantes y jóvenes comunistas- tomo por algunas horas una población del departamento de Izabal y entabló luego un breve combate con el ejército, teniendo que retirarse después a las montañas. Yon Sosa había creado ya un movimiento guerrillero, el MR-13, al que pronto se sumaría otro, las FAR, Fuerzas Armadas Rebeldes, bajo el mando de Turcios Lima. Ya para estos momentos Arbenz había sido descartado como posible líder por los cubanos, especialmente por el Che, que veía en él un hombre débil, introvertido, que no había sabido dar la batalla en1954 y que debía ser sustituido por dirigentes más jóvenes y no contaminados por el pasado, más dóciles al liderazgo de los cubanos.[[4]](#footnote-4)

El liderazgo del movimiento guerrillero quedaría dividido, por algún tiempo, entre Sosa y Turcios Lima. Pero pronto la propia dirigencia cubana intervendría decisivamente para imponer a uno de estos dos comandantes: sería Turcios quien recibiría el visto bueno y los elogios del propio Fidel Castro, ante las “desviaciones” de Yon Sosa, quien había aceptado el apoyo y la intervención de algunos trotskistas, siempre opuestos a la línea de Moscú; ya para mediados de los años sesenta Fidel se cuidaba mucho de ofender a los soviéticos, que se habían convertido en el pilar decisivo que apuntalaba su gobierno.[[5]](#footnote-5)

**Fracaso guerrillero y reacomodo de fuerzas**

La guerrilla foquista guatemalteca, al igual que las otras iniciadas en el continente, mostró en pocos años que ningún núcleo de hombres armados era capaz de propiciar revoluciones o derrocar gobiernos: las “masas” de campesinos y obreros no estaban dispuestas a seguirlos y las condiciones para un alzamiento popular no existían sino en la cabeza enfebrecida de pequeños grupos radicales. Los insurgentes guatemaltecos concentraron su acción en el oriente del país, en la zona de la Sierra de las Minas y departamentos aledaños, conformando partidas pequeñas de hombres armados que no lograron despertar el apoyo campesino local: muy por el contrario, se formaron incluso movimientos espontáneos de oposición a la guerrilla que, así, quedó prácticamente aislada. El ejército no tuvo entonces mayor dificultad en combatirla pues, con bastante apoyo entre la población, fue aniquilando poco a poco a los grupos existentes: hacia 1969 no quedaba ya casi nadie alzado en las montañas. Turcios Lima había muerto en la capital, en 1966, en un accidente de automóvil que despertó muchas suspicacias (pues siempre se sospechó que algunos de sus camaradas lo habían provocado) y Yon Sosa murió poco después, en México, cuando ya derrotado huía del país.

Pero el movimiento guerrillero no desapareció por completo. Hacia 1970 estaba formado por un conjunto de grupos y de militantes que, en principio, obedecían a dos comandos separados: por un lado estaba el clandestino PGT, que apelaba a veces al terrorismo pero no se decidía francamente por el camino de la lucha armada, y por otro existían las mencionadas FAR que, después de varias divisiones y reorganizaciones, trataba de continuar la lucha guerrillera en el Petén, la zona norte más selvática y aislada de Guatemala. Desde fines de los sesenta en adelante casi todo lo que quedaba de la guerrilla se dedicó a acciones urbanas, entre las que caben destacar decenas de secuestros y asesinatos políticos, el más notable de ellos el del embajador norteamericano en el país. Pero bullían las discusiones en el seno de una izquierda que, sin sentirse derrotada, aceptaba la necesidad de concebir nuevas estrategias para su lucha por el socialismo marxista.

Puede decirse que a comienzos de la década de los setenta la influencia cubana sobre la guerrilla guatemalteca se había hecho más difusa y menos directa, en la medida en que un movimiento fragmentado exploraba diversos caminos para renacer y volver a ocupar la escena político-militar del país. Después del rotundo fracaso del Che en Bolivia muchos pensaban que el modelo foquista estaba completamente sepultado y que había que adoptar en cambio el modelo de “guerra popular prolongada” que había llevado a Mao al poder en China y resultaba cada vez más exitoso en Vietnam. La otra posibilidad, la de una toma pacífica del poder que siguiera el ejemplo de Salvador Allende en Chile, también era de interés para los cubanos y, sobre todo, para el PGT guatemalteco, que veía en éste una muestra de la capacidad de la lucha popular para crear una alternativa diferente a la guerrilla. Mientras tanto, los cubanos seguían apoyando a los guerrilleros de Guatemala con viajes de entrenamiento y conexiones políticas y militares con otros movimientos de América Latina y, sobre todo, con los llamados países del campo socialista, especialmente Vietnam del Norte.

Las discusiones y las divergencias dentro del movimiento guatemalteco se concretaron en el surgimiento de dos organizaciones nuevas que disputaron a las FAR la hegemonía dentro del campo revolucionario: el EGP -creado en 1971, que entró como una pequeña banda de hombres armados a Guatemala desde México a comienzos de 1972, realizó sus primeras acciones públicas en 1975 y pronto logró crear una base de apoyo en algunas zonas indígenas del altiplano central y de las selvas de Guatemala-, y la ORPA, también nacida en 1971 pero que reforzó sus cuadros urbanos y permaneció en fase de organización y “acumulación de fuerzas” hasta 1979.

**Las guerrillas de la segunda etapa y su fracaso**

Luego de la caída de Allende, en septiembre de 1973, la mayoría de los marxistas latinoamericanos sacaron la conclusión de que sólo la vía armada, la guerra popular prolongada, podía arribar al destino final del socialismo. Los cubanos, igualmente, se concentraron en apoyar este tipo de movimientos, aunque sus estrechos lazos de dependencia con la Unión Soviética y sus limitaciones económicas les impidieron aportar mayores recursos financieros o adoptar una actitud más abierta hacia la promoción de los conflictos armados. Sin embargo, después del triunfo del sandinismo en Nicaragua, en 1979, Cuba logró consolidar su posición política en el hemisferio y convertirse en una especie de sub-imperialismo socialista y expansionista. Mientras recibía el constante apoyo de la URSS, Cuba se afirmaba como el verdadero poder detrás del gobierno sandinista y penetraba en la isla de Granada, estimulaba las guerrillas de El Salvador y seguía apoyando los diversos grupos guerrilleros de Guatemala.

La estrategia básica de Fidel Castro en Guatemala, como en el resto de la América Central, consistió en exigir la unidad de los diversos movimientos existentes, apoyar con entrenamiento y dando santuario a los insurrectos y trabajar en estrecha alianza, cuando era posible, con gobiernos que fueran al menos parcialmente favorables a sus proyectos, como los de Panamá y Costa Rica. Este último país, por ejemplo, mantuvo un histórico enfrentamiento con la dinastía de los Somoza y ayudó de un modo decisivo al FSLN –contando también con el apoyo de los Estados Unidos- en los momentos cruciales de la lucha en Nicaragua. Fidel había logrado la unidad de los grupos guerrilleros de ese país, cosechando un importante éxito, y pronto exigió lo mismo de salvadoreños y guatemaltecos. Los primeros fusionaron sus grupos en el FMLN, mientras que las tres principales organizaciones de Guatemala –el EGP, la ORPA y las FAR- junto con una fracción del PGT, se nuclearon en la llamada URNG, Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca. Se habló mucho, en esos años iniciales de la década de los ochenta de la llamada “teoría del dominó”, de la posibilidad de que, una vez caída Nicaragua en el comunismo, pronto seguiría el mismo curso sus vecinos occidentales. Pero la previsión, y los planes de Fidel Castro, fracasaron en pocos años.

Los revolucionarios salvadoreños nunca pudieron tomar el poder y la URNG no pasó de ser, durante los combates de esa época, más que un sello formal, una organización de fachada que nunca logró operar como un todo ni en el plano militar ni en el político. El EGP y la ORPA, las dos principales organizaciones que lo integraban, lograron algunos éxitos locales y momentáneos pero nunca llegaron a tener una verdadera base popular de apoyo sólida y consistente. Confiando excesivamente en sus propias fuerzas y en el apoyo exterior, que era tanto financiero como diplomático, se dejaron llevar por un optimismo sin fundamento y planificaron una ofensiva general para lograr, por lo menos, la consolidación de una zona liberada y el reconocimiento como beligerantes de algunos países amigos, como Francia y México (Cuba, en tal caso, habría de permanecer en un discreto segundo plano), tal como había sucedido en El Salvador.

Pero antes de que pudiera desplegar dicha ofensiva el gobierno de Guatemala logró detectar y destruir los bastiones urbanos que poseía la guerrilla en la capital: un par de docenas de casas donde vivían muchos militantes y se acumulaban armas, pertrechos, medicinas, alimentos y toda clase de material de apoyo, pues los combatientes rurales eran incapaces de autoabastecerse. Destruidos estos núcleos, y cortado en consecuencia el cordón umbilical que sostenía a la guerrilla en el campo, el ejército emprendió una contraofensiva a finales de 1981 que enseguida cosechó amplios éxitos y redujo a la golpeada guerrilla a las zonas más apartadas del país: el apoyo masivo del campesinado a la guerrilla había resultado un mito y, en cambio, la emergencia de las Patrullas de Autodefensa Civil –que llegaron a contar con 900.000 miembros- mostró a las claras hacia qué bando se inclinaba el campesinado indígena.[[6]](#footnote-6)

La guerrilla siguió combatiendo, y luego negociando, durante más de una década, hasta que se firmaron los acuerdos de paz en diciembre de 1996. Pero nunca tuvo, a partir de 1983, la menor posibilidad de obtener una victoria militar. Su base política evidenció ser débil y muy reducida, como lo mostraron sus posteriores participaciones en diversos procesos electorales.

**A modo de balance**

El papel de Cuba, durante más de un cuarto de siglo, fue el de instigar y propiciar la lucha armada, dar apoyo en entrenamiento y coordinación política a la guerrilla y asumir, de algún modo, un papel dirigente sobre los grupos que intentaban llevar Guatemala hacia el comunismo. Después de la intentona frustrada de los años sesenta Cuba pasó a representar una especie de santuario para la guerrilla: un lugar donde podía organizarse, vincularse con otros países del campo socialista y obtener entrenamiento y apoyo material. Los cubanos pasaron luego a actuar indirectamente, a partir de su base en Nicaragua, pero nunca abandonaron su interés por Guatemala.

Después de firmada la paz los cubanos siguieron apoyando, ahora más abiertamente, a los grupos políticos y las personas que, salidos de la guerrilla, buscaban y aún hoy buscan algún modo de implantar el socialismo totalitario en el país. Han llegado a Guatemala los médicos y entrenadores deportivos cubanos que también se han instalado en varios otros países de la región pero, en cuanto al plano estrictamente político, los cubanos delegan hoy sus esfuerzos de penetración en otro país, Venezuela, que a través de los partidarios de Chávez continúan tratando de desestabilizar el país e incorporarlo al eje “bolivariano” que han logrado organizar con Bolivia, Ecuador y Nicaragua. La historia se repite, en realidad, aunque mostrando ahora facetas mucho menos brutales y directas. Fidel Castro, no olvida las derrotas sufridas en Guatemala y por ello intenta, de mil y un modos diferentes, lograr que este país centroamericano se incluya por lo menos en el campo de los populismos radicales del siglo XXI.

1. Este trabajo se basa principalmente en las informaciones que recopilamos y procesamos para elaborar nuestro libro *Guatemala, la Historia Silenciada (1944-1989)*, ed. FCE, Guatemala, 2007-08, a quien remitimos al lector para muchas de las referencias necesarias. Esta primera sección, en particular, se basa en las referencias que aparecen en los capítulos 1 al 7 del primer tomo de la obra. [↑](#footnote-ref-1)
2. V. Ydígoras Fuentes, Miguel, *My War with Communism*, (with Mario Rosenthal), 1963, Prentice-Hall, y Sabino, *Op. Cit.,* caps. 8 a 10, tomo I. [↑](#footnote-ref-2)
3. García A., J. Luis, *El Movimiento Armado del 13 de noviembre de 1960*, Guatemala, 1962, da amplios detalles respecto a este movimiento y sus vínculos con la revolución cubana. [↑](#footnote-ref-3)
4. V. Gramajo M., Héctor Alejandro, *Alrededor de la Bandera,* Guatemala, 2003; Figueroa Ibarra, *Carlos Paz Tejada: Militar y Revolucionario,* Puebla, 2004, y Ebel, Roland H., *Misunderstood Caudillo*, Lanham, 1998, entre las varias referencias que citamos en nuestro libro. [↑](#footnote-ref-4)
5. V., entre múltiples referencias, Macías, Julio César, *La Guerrilla fue mi Camino: epitafio para César Montes*, ed. Piedra Santa, Guatemala, 1997 (a quien seguiremos también en las siguientes secciones), el reporte de la CIA de Estados Unidos, “Guatemala Communists take hard line as insurgency continues”, y el discurso pronunciado por el propio Fidel Castro ante la Conferencia Tricontinental de La Habana el día 15 de enero de 1966. [↑](#footnote-ref-5)
6. Toda esta etapa de la lucha guerrillera la hemos documentado extensamente, recurriendo incluso a más de un centenar de entrevistas, en nuestro libro citado, *Guatemala, la Historia Silenciada*, capítulos 17, 18, 20, 21 y 22 del tomo II. [↑](#footnote-ref-6)